

¿QUÉ HACEMOS CON LA ADOLESCENCIA?¹

Jaume Funes

Aunque no nos acostumbremos, hace tiempo que tenemos adolescencia

Entre los diferentes cambios que “la juventud” ha vivido, entre nosotros, en los últimos treinta años hay uno que, desde el inicio, complicó la vida de los sociólogos e hizo más compleja la elaboración de Planes de Juventud: la irrupción de las adolescencias. Casi de golpe, la adolescencia dejaba de ser un corto rito de transición entre la infancia y la juventud, marcado por la pubertad, y se convertía en una verdadera etapa evolutiva, un nuevo ciclo vital que necesitaba su correspondiente definición, su correspondiente encargo social.

Debía comenzarse a matizar que no sólo existían diversas juventudes, sino que los nuevos personajes quinceañeros estaban presentes en todos los grupos sociales (algunos de los cuales nunca habían tenido adolescencia), vivían una condición inevitable y de larga duración, reivindicaban espectacularmente una presencia social que no se podía reducir a un único y largo tramo de la edad juvenil que conducía a la lejana vida adulta. Sus necesidades y dificultades, los nuevos contextos de vida y de socialización, especialmente la escuela, las crispaciones y angustias que generaban en el grupo adulto obligaban a pensar qué hacer, a definir políticas específicas, a diferenciar actuaciones en el conjunto de políticas de juventud.

Pero, después de unas décadas de adolescencia obligatoria, nuestra sociedad todavía no sabe qué hacer con sus adolescentes. Las personas adultas no se han acostumbrado mayoritariamente a la presencia inevitable de los adolescentes, mientras que los chicos y las chicas han asumido claramente la adolescencia como valor y como etapa importante de sus vidas. Ellos y ellas se han adentrado de manera normalizada en un mundo que dominan, sienten, teorizan, practican, viven. A nosotros todavía nos domina la perplejidad y no acabamos de decidir cómo mirarlos, qué sentido tiene el que hacen, como se puede influir en sus vidas.

Hoy sabemos que la adolescencia son años para ser adolescente. Años en los que todos y todas se dedican a ejercitar, a practicar, su adolescencia, a convertirse en adolescentes que viven su adolescencia con intensidad, mayoritariamente con satisfacción. Mientras tanto, las personas adultas viven angustiadas las adolescencias de sus hijos y hijas, tienden a generar y mantener permanentes conflictos y esperan que sea una etapa que dure poco (¡Desgraciadamente la eterna juventud ha introducido la post adolescencia!).

Repitiendo la historia pasada con la emergencia de la juventud, no ven adolescentes, ven problemas, que deberán ser prevenidos a tiempo, eliminados, quizás atendidos. Asistimos permanentemente a una grande problematización de los adolescentes. Podemos decir que la adolescencia es el producto de la mirada de sus adultos o, cuando menos, acaba siendo en función de como la vemos. La adolescencia sigue siendo una grande desconocida para el mundo adulto porque en nuestras miradas predomina la irritación, la hostilidad, la angustia.

¹ Este texto tiene su origen en unas notas escritas para un encuentro sobre 25 años de políticas de juventud en Catalunya. AAVV.(2007): Joventut i polítiques de joventut. 25 aportacions”. Diputació de Barcelona. Documents de Treball 9.

Notas para mirar adecuadamente las adolescencias

Ocuparse hoy de la adolescencia significa, en primer lugar, aceptar socialmente la adolescencia como nuevo ciclo vital universal y, por lo tanto, definir y aceptar colectivamente qué sentido tiene, para qué debe servir, cuáles son sus objetivos. Significa considerar la adolescencia como una nueva etapa educativa y conocer y compartir las claves para poder influir positivamente en las vidas de los adolescentes.

Determinadas maneras de describir públicamente la adolescencia facilitan a algunos chicos y chicas argumentos justificativos de cualesquiera de sus comportamientos (*soy el que soy porque soy adolescente*). Algunas personas adultas rechazan comprender al adolescente porque asimilan la comprensión a formas de permisividad y aceptación universal de todo el que hacen. Pero es perfectamente posible ejercer la “comprensión educativa”: saber cómo viven sus adolescencias, sus sentidos, sus contradicciones. La mirada positiva, comprensiva, no es nunca ni tolerancia general ni impunidad. Es un simple acto de realismo por el cual se conoce cómo son y cómo se viven, sin renunciar a valorar sus conductas.

El ejercicio de mirar y comprender adecuadamente el mundo adolescente debe empezar por tener presente que tienen la sensación de vivir la vida de manera intensa, experimentan vivencias y sensaciones cambiantes, y aquello que los hace sentirse adolescentes tiene multiplicidad de facetas. Siempre hablamos de adolescencias poliédricas. Aunque sea brevemente, no estará de más recordar algunas de sus características.

En la inmensa mayoría de adolescencias, en proporciones diversas, está presente la convicción que se trata de una etapa para disfrutar y vivir, si es posible con intensidad y contra reloj. Este componente parece ser significativo para situar las tareas de esta edad (desde la escuela hasta el compromiso social) y para abordar aspectos como por ejemplo salir de fiesta o el aprendizaje de los usos de drogas.

La pasión por descubrir y experimentar, como proceso activo y personal, también está significativamente presente en muchas adolescencias. De hecho se trata de una actitud vital que condiciona buena parte de cualquiera de sus procesos evolutivos. Modifica desde la forma de aprender matemáticas a la gestión de los riesgos.

Pero la manera de ser adolescente, de tener un tipo u otro de adolescencia siempre está limitada o estimulada por la extracción y el contexto social, así como por las posibilidades de interacción con unos u otros adolescentes, uno su otros adultos, y con las diversidades de prácticas adolescentes con qué conviven en el día a día. Algunos tan sólo imaginan y practican adolescencias muy elementales, otras pueden vivir intensamente adolescencias altamente complejas. Por eso es clave cuidar la interrelación entre adolescencias diversas, garantizar que en la escuela o al centro joven están presentes las diferentes adolescencias del territorio, que no se crean ambientes elitistas o contextos limitadores, excluyentes, marginales. Las adolescencias acaban siendo en función de las relaciones entre varias adolescencias que habitan el barrio, la ciudad.

La adolescencia es, en gran medida, un estadio vital emocional, en el cual el clima vital predominante es la felicidad. Este clima impregna la mayoría de las conductas y de las

relaciones y es, a menudo, el que genera en el mundo adulto muchas de las vivencias problemáticas, muchas de las dificultades por aproximarse. Buena parte de la educación debe ser educación sentimental, afectiva. Ayuda para que puedan pensar en su mundo interior, sus vivencias, ayuda en la adquisición de capacidades para conocer y modificar sus estados de ánimo.

Buena parte de nuestras tensiones con los adolescentes está constituida por la contradicción que supone vivir en una situación de niños a los cuales debemos proporcionarlo todo y, a la vez, de rechazo por parte suya de toda clase de tutela. Nos irrita su necesitado de afirmarse como maduros sin tener que ocuparse de sus vidas (sin que les dejemos hacerlo). Intentar influir como adultos en sus procesos de maduración comporta tener presente que consideran que la suya es una buena vida porque hay unas personas adultas que les facilitan todo aquello que necesitan. En gran medida reconocen que lo mejor es no tener que hacer todavía lo que hacen los adultos por sobrevivir.

Deben poder ser responsables

Parte del trabajo educativo no puede consistir a pasar factura por lo que hacemos por ellos y ellas, pero sí trabajar la conciencia de los costes humanos que hacen posible su situación. También hace falta reconocer que su hipervaloración de la adolescencia encuentra argumentos razonables en nuestro mundo adulto envejecido, que pierde la curiosidad y la capacidad de renovación.

La dependencia, vivida como contradictoria o como interesada según la perspectiva, es fuente de conflictos para una parte significativa de adolescentes, especialmente para aquellos y aquellas que viven su condición con más intensidad. La conciencia mutua (de ellos y nuestra) sobre el periodo que están viviendo y sobre el mundo complejo en qué se están adentrando genera menos tensiones educativas que el intento de mantener el control a partir de la tutela, esperando que maduren, que lleguen a la mayoría de edad.

El estatus contradictorio de la adolescencia y sus consideraciones sobre la felicidad conducen al debate sobre la responsabilidad. Vistos sus argumentos, parece que no tiene el menor asomo de sentido considerar la adolescencia como un estadio de irresponsabilidad general (agudizaría la dependencia feliz y legitimaría cualquier comportamiento). Tampoco parece útil tener unas responsabilidades y no otras (comporta definir áreas en las cuales les dejamos adentrarse y áreas de prohibición). Parece que la clave pasa por la responsabilidad en todo y para todo, pero practicada de manera diferente a la de los adultos, con intensidades progresivas que comportan procesos de aprendizaje de la autonomía.

¿Hace falta ocuparse de ellos y ellas?

El tiempo de adolescencia ha acabado siendo determinante para diferentes aspectos de la construcción personal, de la socialización y de la incorporación social. Por eso es por lo que, o bien a partir de Planes de infancia (0-18 años), o de Planes de juventud (12-25), o de los dos, deben planificarse las políticas (las acciones y las formas de llevarlas a cabo) para los adolescentes, en clave adolescente.

De manera singular es un tiempo significativo en la formación. En él se da acumulación de experiencias negativas de aprendizaje o el abandono prematuro de la escolarización

que condicionarán una vida que, inevitablemente, estará marcada por el aprendizaje a lo largo de toda la vida. La escuela es un verdadero territorio adolescente (territorio para las prácticas adolescentes) y parte de las actuaciones han de estar destinadas a ayudar a la escuela a retenerlos, a crear climas positivos, a integrar actuaciones formales y no formales, a facilitar la presencia en el entorno escolar de profesionales no académicos. Entre las principales actuaciones destacaría el acompañamiento en las transiciones, el trabajo de conexión con los diferentes recursos municipales dirigidos a los jóvenes antes de acabar la escolarización obligatoria.

Igualmente, al ser años de experimentación, son un periodo vital para aprender a gestionar los riesgos, para aprender a tomar las propias decisiones, por saber vivir en la sociedad del riesgo. A veces insistimos de manera equivocada en que el problema es que quieren arriesgarse, como si deseáramos que todo el mundo esté amuerado. Las propuestas para los adolescentes han de estar destinadas a de-construir determinados atractivos más que a construir amenazas y peligros artificiales. Siempre habrá un punto cero que significa poner a su alcance recursos de protección, prácticas de reducción de daños, “redes” que reduzcan el impacto de sus omnipotencias. Es importante ayudarles a aprender de sus experiencias. El núcleo de toda acción en este periodo vital se facilitará la presencia normalizada en sus vidas, en contextos diferentes, de personas adultas próximas y positivas, accesibles, que tienen el encargo de acompañarlas en su proceso vital.

Finalmente, su tendencia continua a afirmarse como diferentes, a practicar la diversificación a partir de procesos de confrontación entre iguales, configura la adolescencia como etapa para trabajar la convivencia y la cohesión, para construir identidades abiertas y cambiantes. Especialmente, en el momento actual en el que la diversidad social de nuestros barrios y pueblos afecta mucho más a las edades adolescentes y genera nuevas dinámicas de aceptación, de aislamiento o de exclusión juvenil, nuevas formas de ocupar el espacio público. Son los momentos vitales en los que prueban estilos de vida diferentes, ensayan adscripciones a diferentes “tribus”, intentan encontrar respuestas prácticas a la pregunta de quien son y quien serán.

Las acciones a planificar deben pensar en cómo gestionar los inevitables procesos de confrontación entre iguales, sus dinámicas en cada barrio, en cada contexto. Pero, en una sociedad con graves procesos de exclusión, hace falta dedicar especiales esfuerzos a la incorporación normalizada de los nuevos adolescentes, de aquellos que han vivido procesos migratorios, de los que tienen dificultades para ser aceptados como adolescentes por los coetáneos de aquí y por los adultos de su propio entorno familiar que todavía no entienden qué demonios es esto de la adolescencia de esta sociedad a la que vinieron, buscando un futuro mejor para los suyos hijos.